

# LA SANTA MISA, ORACION SACERDOTAL POR EXCELENCIA

M.-M. PHILIPON, o. p.

Profesor del Estudio General de Teología de Toulouse.

## I.—SACERDOS ALTER CHRISTUS.

- La Misa, oblación de amor.
- La Misa, inmolación de amor.
- La Misa y la vida de oración.
  - Adoración.
  - Acción de gracias.
  - Súplica.
  - Reparación.

## II.—PER IPSUM, CUM IPSO ET IN IPSO.

- Por él.
  - Con él.
  - En él.
  - La gloria del Padre.
- En la Unidad de un mismo espíritu de amor.

## I. Sacerdos Alter Christus

"El sacerdote es otro Cristo", que participa en la misión del Salvador y ha recibido de El, a través de la Iglesia, el poder de ofrecer el único sacrificio de la Cruz, expresión suprema del culto de la humanidad a Dios. Se le ha dado también el poder de acercarse a los hombres para instruirlos, santificarlos y conducirlos hasta la consumación en la unidad de la Trinidad <sup>1</sup>.

Puesto que el sacerdote es "otro Cristo" por sus poderes, debe serlo también por su espíritu. Debe pasar por el mundo, como su Maestro, "haciendo el bien" <sup>2</sup>; estar completamente identificado con los sentimientos del único "Mediador entre los hombres y Dios" <sup>3</sup>. La consagración sacer-

---

1. Jn. 17, 23

2. Act 10, 38

3. Tim 2, 5

dotal ha convertido al nuevo sacerdote en mediador, ministro y colaborador de Cristo, Sacerdote y Rey.

En la Misa encuentra el sacerdote la oportunidad más favorable para identificarse con Jesús. La Misa es el vértice de su vida, lo mismo que el Calvario en la obra personal del Salvador. Constituye el punto culminante de la vida de Cristo en su Iglesia. Al celebrarse el Santo Sacrificio de la Misa, el Cristo total se une en la ofrenda de un mismo sacrificio, en idénticos sentimientos de adoración, de acción de gracias, de impetración y expiación.

De esta manera, la misa constituye la oración por excelencia del sacerdote y de los fieles, el medio más eficaz que poseen para glorificar al Padre y redimir al mundo.

En la misa, la vida de oración del sacerdote encuentra su plenitud en un clima teologal, del que brotan los múltiples actos de religión que componen los cuatro fines del sacrificio. La misa es una síntesis de la fe cristiana, vivificada por el amor. La consideración del misterio de la misa como centro vital de la oración del sacerdote implica, pues, relacionar esta vida de oración con la oblación de amor, y la inmolación de amor, que constituyen su alma. Así pues, los múltiples elementos que la integran son:

- la misa: oblación de amor;
- la misa: inmolación de amor;
- la misa: oración latréutica, eucaristía, impetratoria y expiatoria.

### LA MISA: OBLACION DE AMOR

La epístola a los Hebreos, consagrada toda ella a manifestar la excelencia singular del sacrificio del Hijo de Dios, nos manifiesta en El al Pontífice supremo, al Sacerdote perfecto que nos abre el cielo mediante su sacrificio y nos arrastra con su ejemplo a la santidad. Esta epístola debería ser el libro preferido de todos los sacerdotes.

El primer sentimiento de Jesús, desde el instante de la encarnación, fue ofrecerse a su Padre en oblación de amor: "Cristo, al entrar en este mundo, dijo: "No quisiste sacrificios ni oblationes, pero me has preparado un cuerpo. Los holocaustos y sacrificios por el pecado no los recibiste. Entonces yo dije: Heme aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad" <sup>4</sup>. Este "ecce venio" de Cristo manifiesta la actitud fundamental que todo sacerdote debe poseer en presencia de Dios. Contiene, en germen, la esencia de la espiritualidad sacerdotal. La misa pone entre sus manos esta misma oblación de amor que él debe imitar. La oración del sacerdote debe brotar de un "Ecce venio" renovado sin cesar, que mantenga su alma en un clima teologal.

El sacerdote es "otro Cristo" que interviene en la glorificación del Padre y redención del mundo mediante la ofrenda de su propia vida. Su existencia, a ejemplo de la del Verbo Encarnado, está consagrada al culto de Dios y a la salvación de sus hermanos. Cada mañana, la misa le proporciona la ocasión de renovar, en unión con el Crucificado, su oblación de amor. De esta manera, su ministerio comienza cada día bajo el signo de la Cruz. El "Ecce venio" de Cristo es la ley de su vida.

## LA MISA: INMOLACION DE AMOR

El sacrificio no es solamente oblación. Para que se dé verdadero sacrificio, la oblación exige un complemento: la inmolución. Esta inmolución, que fue cruenta en la cruz, es sacramental en el altar. Hace falta formarse una idea de esta inmolución eucarística que posea toda la eficacia del simbolismo sacramental y todo el realismo de nuestra fe.

---

4. Heb. 10, 5-7.

Abordamos aquí la quintaesencia de nuestro sacerdocio ministerial.

Se es sacerdote ante todo para ofrecer a Cristo en sacrificio para glorificación de la Trinidad y redención del mundo entero.

La influencia de la oración del sacerdote se extiende a todos los horizontes contemplados por Jesús desde lo alto de la cruz, es decir, a los hombres de todos los lugares y de todos los tiempos. La mirada del sacerdote en el altar abarca, por la fe, la visión universal de Cristo redentor. Cuando el sacerdote levanta la Hostia a Dios, su mirada alcanza a todo el universo de la redención. Esta es la verdadera fuente de la vida de oración del sacerdote que alcanza las dimensiones infinitas del Corazón de Cristo.

## LA MISA Y LA VIDA DE ORACION

La vida de oración es una síntesis que implica el ejercicio de todas nuestras facultades, sensibles y espirituales, y múltiples actos diversos: En la vida de oración está comprometido todo el hombre:

- en primer lugar, su fe, que le pone en contacto con Dios y con todas las realidades sobrenaturales visibles e invisibles;
- y ante todo, la caridad, alma de toda la vida de oración. El amor es el que lo inspira todo a través de las más variadas formas de la vida de oración:
  - la adoración, que es el amor expresando su admiración por el Amado;
  - la acción de gracias, que es el amor dando gracias al recordar los beneficios recibidos;
  - la impetración, que es una súplica, expresión de un deseo, inspirado también por el amor;
  - la expiación, que es la necesidad que siente el amor de hacerse perdonar.

En la vida de oración, el amor lo es todo. El amor da paso a la contemplación que, maravillada, se abre ante Dios en un movimiento de adoración. El amor es la fórmula más acabada del agradecimiento. Una palabra, un gesto que brota del corazón, son suficientes para expresar en un instante una gratitud inmensa. La súplica es la manifestación de una indigencia y de un deseo que quiere ser satisfecho. Al amor no se le niega nada. E igualmente a la expiación. El verdadero amor mueve al arrepentimiento y logra hacerse perdonar por completo.

Hace falta penetrar en estas perspectivas psicológicas concretas para percibir la complejidad y la riqueza de la vida de oración del sacerdote, que aspira a obrar según los sentimientos de adoración, de acción de gracias, de impetración y expiación del Verbo encarnado. La oración del sacerdote, en el altar, es un reflejo del alma del Crucificado.

### *Adoración.*

La adoración es el acto primordial del alma religiosa en presencia de la infinita grandeza de Dios. Es la quintaesencia de nuestras relaciones de creaturas con la Divinidad, la afirmación de la perfección soberana y de la Omnipotencia creadora de quien es el Principio y el Fin de todos los seres del universo.

En los otros actos de la virtud de la religión, el hombre todavía piensa en sí mismo:

- cuando expía, en sus pecados;
- cuando suplica, en sus necesidades;
- cuando da gracias, en los beneficios recibidos.

Sólo la adoración se prosterna delante de Dios por lo que El es y por su transcendencia infinita. Incluso cuando la creatura cobra conciencia de su nada, ante la realidad del creador, termina aclamando "Al que es". Entre los cuatro fines del sacrificio, la adoración es el sentimiento más

elevado, el más desinteresado, donde con mayor pureza brilla el deseo principal de la gloria de Dios. La adoración es la alabanza perfecta.

Cristo fue en la tierra, y sigue siéndolo, el Adorador del Padre, su glorificador perfecto. La Iglesia posee en El su alabanza suprema. Todo el culto eclesial de la tierra y del cielo consiste en ofrecer a la Santísima Trinidad el homenaje que sube sin cesar al Padre del alma del Hijo y en perderse en su adoración infinita. La alabanza del sacrificio eucarístico posee el mismo valor infinito de la obra glorificadora de Cristo.

Importa pues, para comprender mejor todo el sentido de la oración latréutica del sacerdote en la Iglesia militante, penetrar antes en las profundidades del alma adoradora de Cristo. Pues la alabanza del Verbo encarnado, de su Iglesia y del sacerdote se identifican.

El alma del Verbo encarnado, oculta en la Hostia, contempla sin cesar a Dios y al universo en la claridad beatífica, percibiendo, como nadie podría, la distancia infinita que separa a Dios de nuestra nada. De esta visión brota en El una adoración continua de valor infinito.

Presente entre los suyos, Cristo continúa su obra glorificadora del Padre en la persona de su Iglesia reunida toda ella a su alrededor. Pontífice supremo, Mediador único de redención y de alabanza, adora, da gracias, ruega y reconcilia en nombre propio y en el de cada uno de los miembros de su cuerpo místico.

Adora. Su presencia eucarística hace subir hacia el Padre su adoración personal de Verbo encarnado y toda la adoración eclesial se une a la suya, pues también la Iglesia quiere tener parte en la alabanza; la voz de la esposa desea unirse a la del Esposo.

El sacerdote, en el altar, obra "en la persona de Cristo" y "de la Iglesia". Su propia vida de oración contemplativa: de adoración, de acción de gracias, de impetración y de ex-

piación redentora es la síntesis de todos los sentimientos que brotan de su doble misión.

Delegado de Cristo, el sacerdote habla y obra "en su nombre". Es un instrumento libre y activo del Verbo encarnado que ha recibido de El el poder de perpetuar el sacrificio de la cruz de manera eucarística. Debe, por tanto, intentar con todas sus fuerzas revestirse de los sentimientos íntimos del Hijo de Dios, cuyo lugar ocupa. Sus funciones litúrgicas exigen esta identificación mística con Cristo, que sigue siendo el oficiante invisible, pero principal. La santidad del sacerdote, en el altar, debería ser mayor que la de todos los santos de la tierra y del cielo. Debería ser otro Jesús. Cuanto más penetre el sacerdote sacramental en las intenciones del Verbo encarnado, nuestro Pontífice supremo, tanto más profunda, glorificadora de la Trinidad y eficaz en el plan de la redención de los hombres será su vida de oración.

Cuanto más se pierda el ministro visible en los sentimientos del Padre invisible, tanto más se elevará su oración a Dios con la omnipotencia glorificadora y redentora de Cristo. La identificación absoluta es imposible. Cristo sigue siendo el mismo, infinitamente distinto del ministro que le representa; pero El quiere identificarse con su sacerdote en la ofrenda de un mismo sacrificio de adoración, de acción de gracias, de impetración y de reconciliación. Cristo comunica al instrumento humano, que El ha elegido para que Le represente, los sentimientos que El tiene para con su Padre y para con los hombres. Esto es completamente lógico. El día de su ordenación, el nuevo sacerdote oyó a la Iglesia señalarle como ley fundamental de su sacerdocio, la adecuación de su vida con los misterios de los que es realizador: "Imitami quod tractatis". Esta imitación debe tender a la identificación.

Puesto que el ministro cumple las mismas funciones que



Cristo-Sacerdote, en lo profundo de su alma debe manifestar a Cristo ante los ojos del Padre y en medio de los hombres.

¿Quién podrá medir la exigencias de santidad de tal identificación, y la intensidad de una vida de adoración que intente ser idéntica a la de Cristo?

Ministro de la Iglesia, el sacerdote, en el altar, adora, da gracias y expía en nombre de todos los hombres, sus hermanos. El sacerdote nunca está solo. En el cumplimiento de sus funciones sagradas, actúa en nombre de la Iglesia entera. Gracias a él, la Iglesia, unida a Cristo, se convierte en adoradora de la Trinidad: "Suscipe Sancta Trinitas". Ella hace realidad el anuncio profético del Salvador del mundo a la Samaritana: "Ha llegado la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad" <sup>5</sup>. Estas palabras decisivas han señalado una fase nueva en la historia religiosa de la humanidad, inaugurada por el mismo Verbo encarnado en la cruz y perpetuada por todos los tiempos y lugares mediante el misterio eucarístico.

La Iglesia ha escuchado las palabras de su Maestro. Día y noche, hace subir sin cesar hacia el Padre la "adoración en espíritu y en verdad", al invitar a sus fieles a unirse con sus sacerdotes en el sacrificio de Cristo. La adoración es el sentimiento que domina en la liturgia de la misa, como ocupaba el primer lugar en el alma de Cristo, cuando estaba pendiente de la cruz, al inaugurar el sacrificio de la nueva religión. Esta oración de alabanza adoradora resplandece con magnificencia en el "Gloria in excelsis Deo". "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad".

Oh Padre, "Te alabamos. Te bendecimos. Te adoramos. Te glorificamos. Te damos gracias" —no sólo por tus beneficios, sino sobre todo— "por tu excelsa gloria", y por Tu

---

5. Jn. 4, 23.

grandeza infinita. Sin alcanzar la amplitud de esta alabanza, todas las doxologías de la misa y del oficio divino proclaman la gloria de la adorable Trinidad. Lo mismo el Sanctus, el "per Ipsum, cum Ipso et in Ipso" con el que termina el canon, la señal de la cruz, repetida con tanta frecuencia, que comienza al pie del altar y pone fin, en forma de bendición, al misterio del sacrificio eucarístico.

¿Cómo el sacerdote, que celebra la santa misa, rodeado de sus fieles y en nombre de toda la Iglesia, no se sentirá arrastrado en las profundidades de su ser por este gran movimiento de adoración? Su alma penetra, ilena de júbilo, con la Iglesia, al espectáculo de la infinitud de Dios, y su oración sacerdotal se transforma espontáneamente en adoración, en acción de gracias, en impetración y en expiación. Pero por encima de todo predomina la alabanza. Su alabanza adoradora, unida a la del Verbo encarnado, sea elevada hasta la Santa Trinidad, en una glorificación infinita.

### *Acción de gracias.*

Las formas de la vida de oración son tan ricas y variadas como los sentimientos del alma. Unos mueven a la adoración, todos a la acción de gracias. La mayoría de los hombres toman una actitud de súplica ante Dios, mientras que algunos se prosternan en su presencia, ávidos de perdón y del socorro divino para escapar del pecado. ¡Y de qué modo tan diferente cada alma adora, da gracias, suplica y expía! Cada alma es un universo con leyes propias, con un punto de gravedad peculiar.

El vértice de todos los sentimientos del alma de Jesús era su condición de Unigénito del Padre. En El, todo estaba en dependencia de esta condición, es decir, tanto su propia vida espiritual de Verbo encarnado, como su misión de Jefe supremo de la Iglesia. De su alma sacerdotal y real se ele-

vaba sin cesar hacia el Padre la expresión viva de todo el culto del universo. ¿No es el Verbo encarnado —según la fórmula patristica— el "Christus musicus", el Maestro de coro que invita a todas las creaturas a cantar con El y en El la gloria del Creador?

Oculto en la Hostia, el Cristo de la misa, en la luz resplandeciente de la visión beatífica, ve desarrollarse toda la historia del mundo y de los beneficios que Dios derrama sobre cada uno de nosotros. Contempla la creación ininterrumpida del universo, las continuas intervenciones de la Bondad de Dios en el mundo redimido, los bienes eternos que nos esperan en la gloria. De esta visión sintética y detallada del universo visible e invisible, brota en el alma de Cristo una gratitud infinita hacia su Padre. Le da gracias en primer lugar por todos los bienes que El mismo ha recibido: su unión personal con el Verbo de Dios, la plenitud infinita de su gracia capital, su título de Hijo de Dios, sus prerrogativas de Verbo encarnado, Sacerdote y Rey, único Mediador entre los hombres y Dios, su puesto preeminente entre los seres del universo, el orden hipostático que hace de El la síntesis viva del mundo y de Dios.

Da gracias al Padre por todos los beneficios y privilegios concedidos a su Madre, a sus ángeles, a sus santos, a todos los miembros de su cuerpo místico, a todas las creaturas. El sacrificio sacramental proporciona al Verbo encarnado la ocasión y la alegría de ofrecer a su Padre, en medio de su Iglesia militante, una acción de gracias de valor glorificativo infinito.

El sacerdote, en el altar, es el ministro de esta acción de gracias que la Iglesia entera tributa a Dios a través de Cristo. ¿Cómo su propia vida de oración no se verá, en el altar, invadida por los sentimientos de gratitud y de acción de gracias del alma de Cristo? Para dar gracias a Dios en nombre de Cristo y de la Iglesia, el sacerdote ofrece a la Santa Trinidad la "Hostia pura, santa, inmaculada", expresión per-

fecta de un agradecimiento que, no sólo iguala, sino sobrepasa infinitamente a todos los beneficios recibidos de Dios. En la misa, nos encontramos siempre ante lo infinito. La vida de oración del sacerdote en el altar puede alcanzar las dimensiones de esta gama infinita, es decir, la riqueza inagotable y la incomparable variedad de matices que puede revestir un alma sacerdotal al ofrecer al Dios-Trinidad, en nombre de la Iglesia entera, el mismo sacrificio de Cristo. Por ello, se debería celebrar la misa con los mismos sentimientos que tuvo Cristo en la Cruz. ¿Quién podrá medir la magnitud de una acción de gracias, capaz de agradecer al Padre todos sus beneficios desde el principio hasta el fin del mundo?

Toda gracia, todo beneficio reclama un agradecimiento. Cristo, en la misa, es la acción de gracias viva, universal de la Iglesia para dar gracias por todos los beneficios recibidos de Dios a través de la historia de la humanidad. Para el sacerdote, la misa es también el momento privilegiado en el que su propia vida de oración debe perderse en la adoración, la acción de gracias, la impetración y la expiación de Cristo, en ansias de redención.

"Quid retribuam Domino?". "¿Qué daré al Señor en agradecimiento a los innumerables beneficios que he recibido de su Bondad? Tomaré el cáliz de la salvación que contiene la sangre de mi Señor". Cristo será ante el Padre la expresión sobreabundante de mi agradecimiento infinito.

### *Súplica.*

La Liturgia de la Iglesia, que está gobernada por el Espíritu Santo, utiliza todas las formas de la oración. En la celebración del sacrificio eucarístico alternan la alabanza y la súplica. La misa es la más perfecta escuela de oración. En ella, los hijos de Dios aprenden de su Madre la Iglesia a rogar a su Padre del cielo, en unión con el Uni-

génito. Son introducidos por ella en la oración misma de Cristo.

El Evangelio nos ha conservado el recuerdo de la oración silenciosa de Jesús, cuando, después de haber dispersado a las turbas que le seguían, se retiraba solo al monte, para "pasar la noche en oración con Dios" <sup>6</sup>. ¡Noches de Galilea y de Judea, noches de adoración y redención, en vosotras se decidió la suerte de toda la humanidad sobre los labios suplicantes de Cristo! Su ardiente oración se elevaba a Dios "como un poderoso clamor, acompañado de lágrimas" <sup>7</sup>. El Verbo encarnado llevó a cabo su obra de redención tanto por su oración como por su palabra y sus milagros. Cristo nos llevaba a todos en su corazón. Ni un instante dejó de pensar en nosotros. Su oración se elevaba continuamente a Dios pidiendo por cada uno de nosotros.

Cristo glorioso, presente en la Hostia, permanece continuamente en presencia del Padre "siempre vivo para interceder por nosotros" <sup>8</sup>. En la luz beatífica, ve el desarrollo de la historia y de los destinos del mundo. Implora sin cesar al Padre, para que haga descender sobre su Iglesia todas las gracias que ella necesita. Ruega por justos y pecadores. Pide por los jefes de los estados y por sus súbditos. Pide por su vicario en la tierra, por nuestros obispos, por nuestros sacerdotes, por todos los fieles. No se olvida de nadie. "Conoce a cada una de sus ovejas por su nombre" <sup>9</sup>. Conoce mi miseria y mi buena voluntad. Ruega por mí, en este momento en que escribo. Pide por los que me leéis. Suplica a su Padre que salve al mundo. Vela con su oración por cada uno de los suyos. La Iglesia militante puede avanzar confiada en medio de las naciones. Su Maestro está a su

---

6. Lc. 6, 12.

7. Heb. 5, 7.

8. Heb. 7, 25.

9. Jn. 10, 3-4.

lado, protegiéndola con la omnipotencia de su fuerza divina. "Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" <sup>10</sup>.

Al celebrarse el sacrificio eucarístico, la oración del sacerdote debe identificarse con los sentimientos de la oración de Cristo y llevar con Él a toda la Iglesia en su súplica, todas las tristezas de los hombres. Si posee verdaderamente un corazón de Cristo, oirá resonar en su interior todas las llamadas desesperadas, todos los gritos de sufrimiento de la humanidad. Su mediación silenciosa presenta a Dios el clamor de todos los hombres, sus hermanos, y consigue que descienda sobre ellos las gracias de Dios. Bajo la influencia de su caridad pastoral y redentora, su alma alcanzará las dimensiones del mundo; ninguna miseria humana escapará a su oración. También él, en unión con el Dios encarnado, deseará salvarlo todo. A las alegrías y consuelos del Tabor prefiere la oración angustiada de Gethsemaní y el abandono del Calvario para trabajar más eficazmente en la salvación del mundo.

¿Quién podrá expresar la metamorfosis espiritual que se opera en el sacerdote del altar al identificarse totalmente con el alma de Cristo? En el ejercicio de sus funciones sagradas, el Sacerdote eterno y su ministro se identifican. Son un mismo Cristo en oración delante de Dios.

### *Reparación.*

Una concepción de la vida espiritual, que no tuviese en cuenta el pecado, sería ingenua y peligrosa. Todo hombre es pecador y, sin caer en un pesimismo luterano o janse-nista, hay que tenerlo en cuenta. Una espiritualidad, que no se opusiera con vigor a los estragos del pecado en las almas, no sería realista ni eficaz; no arrastraría hasta las

---

10. Mt. 16, 18.

cumbres del heroísmo que forma a los santos. La lucha contra el pecado es correlativa al amor de Dios. El odio y el amor crecen y disminuyen juntos.

El mismo Señor nos lo advirtió: "He venido por los pecadores" <sup>11</sup>. Todo el Evangelio lo atestigua: "Vino a buscar y salvar lo que estaba perdido" <sup>12</sup>. San Pablo, a su vez, lo expresa con vigor: "Cristo murió por nuestros pecados" <sup>13</sup>, concediendo a esta verdad primera el puesto central en su mensaje de salvación. La teología católica no hace más que ratificar este postulado fundamental de nuestra fe, al enseñar que la expiación del pecado fue el motivo determinante de la Encarnación del Verbo. Solo mediante el pecado puede explicarse la muerte de un Dios en una cruz. Era necesaria una expiación infinita. Para el hombre era esto una empresa que superaba sus fuerzas. Por otra parte, Dios no debía llevarla a cabo. Por eso, la realizó un Hombre-Dios.

La misa pone a disposición de todas las generaciones el infinito valor redentor del sacrificio del Gólgota. Mediante la misa, toda la obra redentora de Cristo desciende sobre cada uno de nosotros, según el grado de nuestro fervor. Una sola misa tiene poder para borrar todos los pecados del mundo. Aún cuando hayamos cometido los pecados más horrendos, si nos acercamos al altar arrepentidos de nuestras faltas, el pecado desaparece de nuestra vida. Una sola misa puede hacer de un bandido un gran santo, como sucedió con el buen ladrón en el Calvario.

El sacerdote, más que nadie, debe encontrarse en el altar poseído de esta contrición ardiente y purificadora, en primer lugar a causa de sus propios pecados, y después por los innumerables pecados del mundo entero. Su mejor pre-

---

11. Mt. 9, 13; Mc. 2, 17; Lc. 5, 32.

12. Lc. 19, 1.

13. ICor. 15, 3.

paración para celebrar la santa misa será pasar una hora de oración en Gethsemaní, en unión con Cristo abrumado hasta el sudor de sangre, ante el espectáculo de todos los pecados del mundo. Entonces, su oración se verá animada de estos mismos sentimientos de compasión y reparación. El sacerdote debe acrecentar su vida de oración ante los pecados de los hombres. El alma apostólica de santo Domingo no cesaba de gemir: "¿Qué será de los pobres pecadores?". Tal vez no demos la importancia debida al pecado. Esta es la causa de tantas vidas sacerdotales tibias e ineficaces, cuando no culpables. El odio al mal y al pecado se miden por nuestro grado de amor.

Gracias a Dios, hay almas sacerdotales que comprenden el sentido del pecado, y empeñan todas sus fuerzas en combatirlo en el mundo. Y al darse cuenta de su impotencia para repararlo dignamente, se vuelven hacia el único sacrificio de la cruz para perpetuar sobre el altar su valor de expiación infinita y conseguir que Dios se muestre propicio con los pecadores. Cuando al pecador le llega la sangre de Cristo, se le perdona completamente su pecado. La misa, como la cruz, es el sacrificio perfecto que hace subir hasta la Trinidad una adoración, una acción de gracias, una súplica, una expiación y una glorificación infinita porque es el mismo Dios que se convierte, mediante las palabras del ministro de su Iglesia y entre nuestras manos, en Sacerdote y Hostia.

## II. *Per ipsum, cum ipso et in ipso*

La Iglesia ha encontrado la fórmula ideal de esta identificación de sentimientos del sacerdote con el alma de Cristo: la doxología final del canon que pronuncia el sacerdote elevando la Hostia sobre el cáliz y que constituye en verdad la síntesis y coronamiento de todo el sacrificio: "Por



el mismo Jesucristo, con El mismo y en El mismo. te pertenece todo honor y toda gloria, oh Dios Padre Omnipotente, en unidad con el Espíritu Santo". "Per Ipsum, et cum Ipso et in Ipso, est Tibi Deo Patri omnipotenti in unitate Spiritus Sanctis omnis honor et gloria". No existe expresión más exacta de la vida de oración del sacerdote en el altar.

## POR EL

Para valorar la profunda influencia de la acción personal y directa de Cristo sobre cada una de nuestras vidas, no basta decir que El es la causa meritoria, expiatoria, ejemplar y final de nuestra santidad. Hace falta que nos convenzamos de que ningún acto nuestro escapa a su influjo actual. En la línea del bien, no podemos nada sin su ayuda. Es ley absoluta, sin excepción. Todo acto humano, aún el más secreto, el más insignificante, si es bueno, depende más de Cristo que de nuestras propias facultades de acción. Su gracia capital es la fuente universal de todos los beneficios de la redención.

"Todo" lo recibimos de su plenitud. No hay un solo movimiento de nuestro espíritu, un solo gesto de nuestro cuerpo que no tenga su origen en la influencia motriz de Cristo. El Verbo encarnado inspira, dirige, acompaña, lleva a cabo, mediante su intervención personal y su acción constante, todas las formas de actividad eclesial, más que sus mismos miembros. Cristo interviene en cada una de nuestras vidas, más que nosotros mismos. No sólo no podemos decir: "Señor Jesús", sin el don de su gracia, sino que ni siquiera podemos realizar el más pequeño acto de virtud sin su ayuda actual. En el orden sobrenatural de la gracia y de la gloria, el Espíritu Santo no hace nada sin el concurso y la causalidad instrumental de la humanidad de Cristo. Ni una sola gracia descende de la Trinidad a los hombres sin pasar por El. Cristo-Sacerdote sigue siendo el Oficiante principal que ce-

lebra la misa, bautiza, absuelve, consagra sus sacerdotes, une en matrimonio a sus fieles y administra El mismo todos los sacramentos de su Iglesia. Ejerce su sacerdocio y su reinado de manera continua ya por sus sacramentos, ya de un modo supra-sacramental y supra-histórico a través de todos los actos de la jerarquía eclesiástica y de los simples fieles. Interviene tanto en nuestros pensamientos, como en nuestros deseos, y acciones; y esto en todos los planos: individual, familiar, social, internacional y —tal vez en un futuro próximo— interplanetario, sin limitación de espacio ni de tiempo.

Al celebrarse el sacrificio eucarístico, el Hijo de Dios, en medio de su Iglesia, se convierte en nuestra adoración, nuestra acción de gracias, nuestra súplica y nuestra expiación, haciendo presente entre los hombres su inmolación de amor del Gólgota.

¿No deberá ser, por tanto, la actitud más auténtica del sacerdote en la misa, en su vida de oración, dejarse inspirar, guiar y actualizar por la influencia causal de la humanidad de Cristo, bajo la acción primordial del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo? La Trinidad entera actúa en cada uno de nuestros actos; y lejos de suprimir nuestra actividad personal, la acción eficiente superior de la Causa Primera y de la humanidad de Cristo, nos ayuda a realizarla. De todos mis actos, los más libres, los más perfectos, los más meritorios, los que más glorifican a Dios y resultan más útiles para la Iglesia entera, son aquéllos en los que el Espíritu Santo toma en mí la iniciativa y asegura, con su intervención personal, la ejecución sumamente eficaz, infinitamente respetuosa de mi libertad, bajo las mociones infalibles de su gracia. Misterio insondable de incalculable alcance práctico, que hacía exclamar a san Pablo: "Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí" <sup>14</sup>.

---

14. Gal. 2, 20.

El sacerdote, en el altar, piensa, habla y obra "en la persona de Cristo", en una identificación de orden sacramental que llega hasta la identidad de intención y de poder para realizar un mismo acto indivisible, que es a la vez de Cristo y de él. El sacerdote llega a apropiarse las mismas palabras de Cristo: "Esto es mi cuerpo". "Este es el cáliz de mi sangre". ¿Qué es la actividad secundaria del sacerdote sino una participación e identificación con la actividad superior y principal de Cristo-Sacerdote? Por ello, así como sus sentimientos interiores, la vida interior, la vida de oración del sacerdote, ministro de la Iglesia, debería ser una participación y una identificación con la adoración, la acción de gracias, la súplica y la expiación del alma de Cristo. "Así como vivo yo por mi Padre, el que me come vivirá por Mí" <sup>15</sup>. Todos nuestros actos sacerdotales proceden más de El que de nosotros, simples instrumentos de su pensamiento, de su querer y de su acción. En la actividad eclesial nada escapa al imperio universal del poder soberano y de la causalidad instrumental de la humanidad de Cristo. En la Iglesia de Dios, todo se hace "por El" <sup>16</sup>.

## CON EL

El sacerdote no es un instrumento inerte, sino un verdadero "colaborador de Cristo", "dispensador de los misterios de Dios" <sup>17</sup>, asociado, con conciencia de su actuación, a la obra redentora del Salvador del mundo. Actúa mediante El, mediante su gracia, bajo su influjo actual, con El, en profunda unión de pensamientos y querer, en comunidad de

---

15. Jn. 6, 58.

16. "Certe ab Ipso est actualis membrorum operatio", santo Tomás, *In Ephesios*, IV, 16, lect. 5.

17. I Cor. 4, 2.

sentimientos. "Ya no os llamaré siervos, sino amigos..., porque todo lo que vi de mi Padre os lo he dado a conocer" <sup>18</sup>. Indisoluble amistad de Cristo y de los Apóstoles que se perpetúa hasta el fin de los siglos en los sacerdotes de todos los tiempos. El sacerdote es el amigo de Cristo. Ocupa su lugar en medio de los hombres para ayudarles a encontrar a Dios. Desprecia las ambiciones terrestres, sólo vive, como su Maestro, para el reino de Dios. "Pasa haciendo el bien". Se desgasta en servicio de sus hermanos, los hombres, y, en sus noches, mientras los hombres corren tras los placeres, ruega, se inmola, y, a ejemplo del Verbo encarnado, permanece "en oración con Dios" <sup>19</sup>. Y por la mañana, cuando llega la hora de la misa, sube las gradas del altar llevando sobre sus hombros los pecados de los hombres, y también todas sus esperanzas, todas sus ansias, más o menos conscientes de Dios. Y en el instante supremo, cuando en la consagración posee a Cristo en sus manos, pide al Salvador del mundo que tenga piedad de los hombres, sus hermanos, y se pierde, junto con el alma de Cristo, en una súplica reparadora, en una adoración sin fin. El sacerdote vive con Cristo.

## EN EL

"Por El, con El, en El": instrumentalidad, unión, unidad. El sacerdote es el ministro de Cristo-Jesús; su amigo. Cristo es el centro de su vida. En definitiva, pese a la irreductible distinción de personalidades en el plano físico, en el dominio de una acción litúrgica común, se produce la identidad. Al celebrarse la misa, el Cristo total, en su indivisible unidad, eleva a la adorable Trinidad la misma "Hostia pura, santa,

---

18. Jn. 15, 15.

19. Lc. 6, 12.

inmaculada", desapareciendo cada uno de los miembros del Cuerpo místico de Cristo, sacerdotes y fieles, como la gota de agua del cáliz, en un mismo Cristo. Cuando se ha comprendido la unidad existente entre los miembros y su Cabeza en la identidad de un mismo "Cristo total", todo queda iluminado.

En la misa, sólo hay un Cristo en oración, que se inmola para gloria del Padre en la unidad de un mismo Espíritu de amor. La misma adoración, la misma acción de gracias, idéntica súplica y expiación sube de los labios y del corazón de todos. El misterio eucarístico es un sacramento de unidad en el que la cabeza y los miembros de un mismo Cuerpo místico se unen en una misma oración de adoración y reparación, en idéntica oblación de amor. Es él Cristo total el que se ofrece y se inmola. En esta única liturgia, el Verbo encarnado desempeña su papel de jefe y de oficiante principal. Los ministros de la Iglesia le ayudan en el altar, expresando con sus palabras y sus gestos, los sentimientos del Padre eterno. El pueblo fiel se une a sus sacerdotes y a Cristo, Pontífice supremo, para, todos juntos, hacer subir hacia el Padre una misma alabanza, inspirada por un mismo Espíritu de amor.

La misa es un misterio de unidad en el que Cristo lo es todo: Dios a quien se adora, Sacerdote que ofrece, Hostia inmolada y beneficiario de este sacrificio de valor infinito, que los miembros de su Cuerpo místico le ofrecen. Todo comienza y acaba en El, con El y en El.

## LA GLORIA DEL PADRE

Los cuatro fines del sacrificio: adoración, acción de gracias, impetración y expiación, se ordenan a un fin más alto, el mismo al que se dirigen todos los sentimientos del alma de Cristo: la gloria del Padre. Desde su "Ecce venio" hasta su "consummatum est", su ocupación primordial fue glorificar

a su Padre. El fue el único hombre que, al final de su vida, pudo decir: "Siempre te he glorificado". Cristo está ahí, en la Hostia, para continuar su misión suprema de glorificador del Padre. Pide a su Iglesia que colabore en esta misma obra de alabanza mediante una adoración silenciosa, una continua acción de gracias, una súplica ininterrumpida y una expiación sin límite.

Las fórmulas litúrgicas expresan con vigor esta primacía de la gloria, de Dios en la ofrenda del sacrificio. Cristo, en la misa, no invita a su Iglesia a unirse a su inmolación de amor principalmente por fines utilitarios, para la salvación del mundo o la expiación de todos los pecados de los hombres, sino ante todo para adorar al Padre y glorificarle sin medida. En algunos ritos occidentales, y en particular en el dominicano, existe una fórmula admirable en el ofertorio de la misa que pone de relieve este sentido latréutico, primordial, de la misa: "Suscipe Sancta Trinitas...". "Recibe, oh Santa Trinidad, esta oblación que te ofrezco en memoria de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, y haz que, siéndote agradable, suba a tu presencia, y obre mi salvación eterna y la de todos los fieles". Tales son los verdaderos fines de la misa: la alabanza y gloria de la Trinidad, el bien espiritual de toda la Iglesia, la salvación del mundo entero. Y todo esto para gloria del Padre, mediante el Hijo, en la unidad del mismo Espíritu.

El rito romano posee una oración análoga: la respuesta de los fieles ante el llamamiento del sacerdote que les invita a ofrecer a Dios este sacrificio que es tan suyo como del sacerdote: "Orate fratres"... "Orad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro sea agradable en presencia de Dios Padre omnipotente". Y la asamblea responde: "El Señor reciba el sacrificio de tus manos para alabanza y gloria de su nombre, y para utilidad de toda su santa Iglesia".

Toda la misa tiene como fin la gloria del Padre. Desde la primera frase del canon, la Iglesia eleva su mirada a

Dios Padre, para ofrecerle el sacrificio de su Hijo. La doxología final del canon va dirigida también a Dios Padre: "A Ti, oh Dios Padre, te pertenece todo honor y gloria". "Omnis honor et gloria".

## EN LA UNIDAD DE UN MISMO ESPIRITU DE AMOR

De esta manera, el misterio de la misa se desarrolla, uniendo todas las almas fieles a la de Cristo, asociando a la Iglesia entera a su alabanza de Verbo encarnado. Cuanto más se une la Iglesia a Cristo, tanto más glorifica al Padre. Esta identificación es obra personal del Espíritu Santo que la dirige, la mueve, la conduce no sólo en sus grandes empresas, sino en toda su vida litúrgica, como en los más secretos pensamientos de sus sacerdotes y de sus fieles. Este Espíritu vivificador es un Espíritu de unidad. Es el Vínculo vivo del Padre y del Hijo que realiza la unidad en la Trinidad. La historia del mundo terminará en El, en la consumación de todos los hombres en esta unidad. Así lo anunció Jesús en su última oración por la unidad de la Iglesia: "Padre, que donde esté Yo estén ellos también conmigo para que vean mi gloria... Yo en ellos y Tú en Mí para que sean consumados en la unidad, como Nosotros somos uno" <sup>20</sup>.

"Que el amor con que Tú me has amado esté en ellos y Yo en ellos" <sup>21</sup>. Se nos ha dado el Espíritu Santo para que consume todo en la unidad. Esta Unidad será el fruto último del sacrificio de la cruz perpetuado en la eucaristía. El celebrante en el altar vivirá esta unidad, si es dócil a las inspiraciones del Espíritu de Amor. Su alma de mediador, identificada con la de Cristo, se pierde en una misma súplica ante la Trinidad Santa para obtener la realización de esta unidad en Dios.

---

20. Jn. 17, 11.

21. Jn. 17, 26.

La Iglesia tiene conciencia del misterio de amor que se opera bajo su mirada. Al celebrarse la misa, la Iglesia entera, reunida en torno a Cristo, se identifica con El para glorificar al Padre en un mismo Espíritu de Amor.

*Navidad, 1960.*